

## LA BICHA PICHE

**-FECHA-** 17.08.2002  
**-SECCIÓN-** Opinión  
**-AUTOR-** Ibsen Martínez

**La bicha piche. Ibsen Martínez .1-** Renny Ottolina, pionero entre nosotros del talk-show televisivo, tenía –al menos ante la cámara– dos objetos acompañantes: una botella de *Seven-Up* y una cajetilla de *Viceroy*. A mediados de los años sesenta, mucho antes que David Letterman, Ottolina concibió una escueta puesta en escena en la que el escritorio y la silla ejecutiva giratoria eran lo único necesario para aquel formidable mesmerizador que hechizaba a sus compatriotas durante hora y media, desde el mediodía de todos los días, sin que nadie protestase jamás con un cacerolazo. Fue el primer fenómeno de la comunicación de masas entre nosotros. Su rutina primordial consistía en llenar de inane palabrería el lapso entre dos exhibiciones de los objetos acompañantes. A una señal del asistente de producción, Ottolina atajaba en el aire un vaso vacío. Con el vaso a guisa de guante de béisbol atajaba cubos de hielo. Por último, atajaba con la mano una, dos, tres, cuatro botellas de *Seven-Up*. Las botellas rotas, los cubos que caían al piso eran parte importante de aquella performance. Ottolina hallaba cada día nuevos motivos de encomio para las excelencias del refresco, y lo hacía con la convicción predicadora del vendedor de aceite de serpiente cascabel en un western: fue un insuperable *hard-seller*. Fue en grado sumo el arquetipal vendedor de cepillos que va de casa en casa y cuyo “pie-en-el-quicio-de-la-puerta” era su oratoria, hecha a partes iguales de mundana desenvoltura, llaneza provinciana y esnobismo cosmopolita, magnificados colosalmente por el tubo de rayos catódicos. Su asombrosa intuición

telegénica lo llevó a hacer una marca de fábrica del tic nervioso con el que ajustaba sobre el puente de la nariz. Rubricaba la despedida de su show diario silbando él mismo una eufónica frase musical basada en el tema de presentación. Valoraba escrupulosamente el efecto que en la audiencia puede tener la repetición de una misma cláusula. Así, el improvisado elogio de la gaseosa desembocaba invariablemente en un pie forzado: “*Seven-Up* es chispeante, *Seven-Up* es simpático, *Seven-Up* refresca, le gusta y le cae bien”. El asistente de producción retiraba entonces la botella y el vaso y durante otro buen rato Ottolina divagaba a su aire, desgranaba chascarrillos, canjeaba chistes privados con el equipo técnico, hablaba hacia detrás de la cámara, administraba con parsimonia las presentaciones de sus contados artistas invitados, se animaba cada vez con más frecuencia a rozar tópicos moralistas muy del gusto de la clase media, hasta que llegaba el momento de mostrar la cajetilla de *Viceroy* a la que brindaba el mismo trato protagónico que brindaba al *Seven-Up*. La penetrante sencillez de aquel formato llevó muy lejos a Ottolina. Tan lejos, que cuando quiso incursionar en la política contingente, calculando mal su predicamento entre las masas y armado escasamente de sus sosas moralinas sobre la clase política, el colegio cardenalicio de la IV República optó por hacer derribar el avión en que viajaba para evitar una sorpresa electoral. Ottolina no formaba parte del llamado “sistema clientelar de conciliación de élites” y, en consecuencia, el *showman* fue víctima de un hasta hoy no esclarecido asesinato político que da la medida cabal de la importancia que, para bien o mal, pueden tener los medios de masas en la política venezolana. Confundió Wimbledon con un abierto invitacional para aficionados, y lo pagó con la vida: un avatar más del “zapatero a tus zapatos”. Quiénes y por qué derribaron la avioneta de Ottolina es una historia sin duda digna de una novela de Vásquez Montalbán pero que no interesa a esta

crónica. Lo que hoy me importa poner de bulto es el hecho de que, desde su muerte, Ottolina ha tenido émulos sin número. Todos estrepitosamente promovidos; todos irremisiblemente sacados del aire por sus propios defraudados anunciantes. Ninguno ha logrado sustituir, mucho menos superar, a Renny Ottolina. Quien más se le ha acercado en cifras de audiencia en la categoría *talk-show* ha sido, quizá, Hugo Chávez Frías. 2- Quién sabe si guiado por la memoria ancestral de todo televidente, Chávez, al asumirse como ancla de un *talk-show*, tuvo el acierto de calcar sin pudores el dispositivo ottolinesco. Sólo que, en lugar de la gaseosa y la caja de cigarrillos, el objeto acompañante que hace aparecer y desaparecer mientras perora es un librito azul: la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Su constitución: la que se mandó a hacer a la medida de su ambición hegemónica en la Sastrería Miquilena. El caso es que ha acostumbrado a su teleaudiencia a esperar el gesto maquinal con que saca y muestra el librito azul. Últimamente lo viene haciendo como en un flash: la saca, la exalta, se declara servidor suyo, recomienda leerla y la vuelve a guardar. El televidente analítico advertirá que bajo esa caótica efusión paranoide y narcisista que es “Aló, Presidente”, obra secretamente el método Ottolina: Chávez habla huevonadas un ratico, muestra el librito, pondera sus excelencias, recomienda su lectura y lo guarda. Habla huevonadas otro ratico y finge conversar –en realidad los narcisistas no conversan; no pueden conversar– con el comparsa que hace de invitado especial –Fidel Castro, Aristóbulo Istúriz, Diosdado Cabello, el alcalde de Carora, etcétera– y muestra el librito azul, pondera su contenido, recomienda su lectura; canta algo de su previsible repertorio y muestra el librito, pondera su contenido y recomienda su lectura; habla huevonadas otra vez y muestra el librito; enhebra a trancas y barrancas citas de la Biblia, remembranzas de sus años de cadete,

consideraciones sobre la globalización, el diálogo nacional, huevonadas sobre el neoliberalismo o sobre Bolívar en Angostura y muestra el librito, pondera sus excelencias, recomienda su lectura. El librito azul compendia el logro político de mayor alcance que han tenido Chávez y el chavismo: una constitución de la que, de acuerdo a la prédica chavista, emanan las instituciones modelos que los legisladores velocistas del 99 nos dieron en memorable carrera contra reloj para que durasen mil años, como el III Reich. Instituciones que atañen a los poderes ejecutivo, legislativo, judicial y ciudadano, llamadas a superar para siempre el estercolero clientelar que nos legaron Luis Alfaro Uceró, Carmelo Lauría, Ramón Escovar Salom, David Morales Bello y, en general, todo el mandarinato cínico, trapisondista y leguleyo de la IV República. Esa Constitución que se nos dice ejemplar fue violada por los militares golpistas del 11 de abril. La restitución de Chávez en el poder significó, en los hechos, el triunfo de la constitucionalidad bolivariana. Las manifestaciones de adhesión a Chávez que siguieron a su restitución en Miraflores congregaron a centenas de miles de enfervorecidos compatriotas que mostraban el librito azul en lugar de machetes. La nuez de la acusación contra los oficiales sometidos a antejuicio de mérito es, justamente, el desacato a la norma constitucional y el atentado contra instituciones legítimamente estatuidas. Pero he aquí que ante una sentencia adversa del Tribunal Supremo, Nicolás Maduro afirma ahora que esas augustas instituciones bolivarianas, cuyos miembros fueron designados discrecionalmente por un bolivariano congresillo de bolivarianos incorruptibles actuando al amparo de una transitoriedad que le dio manga ancha para armar un roster de obsecuentes bolivarianos, deben ahora ser purgadas de los vicios adecopeyanos que las corrompen y desnaturalizan. Barreto descubre ahora escandalosos nexos entre la podredumbre

adecopeyana, el miquilenismo y la alta corte revolucionaria. García Ponce, último ñángara extraviado en el bosque del siglo XXI, anda ya por ahí, convertido en un abate Sieyés de la izquierda paleolítica, arrechísimo y hablando solo. Como siempre, García Ponce es partidario de la cirugía mayor: ahora ha concebido convocar otra vez los poderes constituyentes del pueblo soberano. Pero el primer y mayor despropósito, instigador de todos los demás, y también de la zozobra ciudadana y de la violencia sólo por ahora callejera, ha sido el del propio Chávez, el domingo pasado, durante su programa “Aló, Presidente”. Demostró, de paso, que de la comunicación como recurso ancilar de la política, un terreno donde Chávez se jura un intuitivo imbatible, tampoco sabe un carajo. En cuanto a la “lealtad de marca” para con el librito azul, la transmisión del domingo pasado obró de la misma manera que si Ottolina, para zanjar una diferencia con los dueños del canal o por extorsionar de sus anunciantes un contrato más ventajoso, le hubiese dado de repente por denunciar la televisión de entretenimiento como una actividad mercenaria y antisocial, por escarnecer a las “chicas del show” en razón de su vida sexual, por advertir a sus televidentes que todas las bebidas gaseosas contienen alcaloides dañinos y que se ha determinado que el fumar produce cáncer. Después de la transmisión del domingo pasado, ¿qué podía esperarse el miércoles sino que bandas de matones chavistas convirtieron una vez más el centro de Caracas en un cuadro vivo de la miseria política del oficialismo? ¿Qué contención, qué apego a la legalidad y a las instituciones consagradas en “la bicha”, cuál aporte a la gobernabilidad y al diálogo puede reclamarse a la oposición con un mínimo de credibilidad? El daño irreversible que, una vez más, la boconería incoercible de Chávez ha inferido a la posibilidad de convivir bajo normas aceptadas por todos, justifica el temor que sienten muchos venezolanos de que, uno de estos días, más temprano que tarde, en

lugar del tan encarecido librito azul, saque del bolsillo una nueve milímetros llamada autogolpe.